

calor durante el día se eleva muy escesivamente, sobre todo desde las doce á las tres y entonces no es raro ver subir el termómetro hasta 48° centígrados. La Siria, la India y el Senegal no ofrecen temperaturas mas elevadas. Los efectos de este gran calor se hacen sentir por todas partes: los vestidos mas ligeros se hacen pesados y la continua transpiracion debilita considerablemente. En las habitaciones crujen los muebles y se hienden, el forro de los libros se retuerce, los efectos de hierro quemán literalmente las manos, las velas y la manteca se derriten. Por la mañana y por la noche las brisas que soplan á lo largo de los valles templán este calor mas que tropical y por la noche baja mucho el termómetro. Otro vestido viene á ser necesario entonces, pero la serenidad del cielo no se turba de ningun modo por este descenso de temperatura. El aire conserva su transparencia: no se forma ningun depósito de rocío ni se eleva ningun vapor y durante todo el verano, duermen los mineros al raso sin peligro envueltos en sus mantas.

En Culterville tuve la suerte de conocer á un compatriota, ingeniero, civil y antiguo alumno de la escuela central de París. Fue á la California en 1850 al servicio de una de las compañías de emigraciones que mandaban á la sazón mineros al Eldorado; pero muy luego fue abandonado con todos sus operarios y tuvo que buscar un empleo. Al principio halló donde ocuparse como director de los trabajos en las minas de mercurio de New-Hucaden; despues se vió reducido á trabajar como simple minero. Finalmente, se ocupó en cualidad de geómetra del trazado de los canales, cuando fue llamado á Culterville por una compañía francesa para tomar la direccion de una mina y de una fábrica de cuarzo.

Pronto hicimos amistad y como él habia recorrido el país hasta sus últimos confines, le rogué me acompañara á las cascadas de *Yohemity* y al bosque de los árboles gigantes ó de los *big-trees* como dicen los americanos. Estas son las dos maravillas de la California y con razon se enorgullece con ellos el condado de Mariposa.

Tres días tuvimos que caminar en mulas para llegar á las cascadas de *Yohemity*. Al principio subimos á la altura de Buck-Horn, donde los pinos y cedros alcanzan hasta las nubes sus copas; pero estos no eran sino los precursores, digámoslo así, de los árboles monstruos que muy en breve íbamos á encontrar. La altura de Buck-Horn estaba cubierta de verdura, las vacas pastan tranquilamente en medio de estas praderas naturales que los pinos cierran por todas partes, formando un bello oasis. Por aquí y por allá, al través de los árboles subia el humo de alguna cabaña de leñador; en otros parajes se veían funcionar las serrerías. Grandes troncos de pino ó de cedro, juntos bajo los acerados dientes de las sierras circulares que

una rueda hidráulica ó máquina de vapor ponía en movimiento, salían en breves instantes hechos tablas ó tablones.

Pesadas carretas cargadas de madera recorrian el camino al través del bosque. De vez en cuando se mostraba tambien una bella quinta rodeada de jardín. El ruido del agua corriente oculta entre las matas, el canto de los pájaros posados en los árboles, acompañaban por decirlo así nuestra marcha por en medio de un país tan pintoresco. En lontananza y por delante de nosotros se destacaba la cadena granítica de Sierra Nevada, elevando sus picos, aun cubiertos de nieve á muchos miles de metros. Esta larga cadena de montañas limita al Este la California y la separa del territorio del Utah que habitan los mormones polígamos y sus estravagantes sectarios.

El primer día de nuestra escursión nos detuvimos en la gruta de *Marble-Spring*, abierta como su nombre lo indica en medio de los mármoles de la comarca. Un manantial de agua límpida sale con blando murmullo de la roca calcárea y forma un lago trasparente en el fondo de la gruta á donde se baja por una escalera. Las paredes están tapizadas de estalactitas y una deliciosa frescura se hace sentir por todas partes. En este sitio acampamos para comer y nos instalamos á la entrada de la gruta bajo un frondoso olmo. Nuestros perros, que habian ya apagado su sed en el remanso del manantial, vinieron á pedir su parte de nuestra campestre comida. La noche del mismo día armamos nuestras tiendas en el bosque, donde encendimos una gran hoguera.

Los dos días siguientes encontramos algunos indios que nos vendieron pescado. Llevaban adornos de hueso en las narices y orejas como tambien en el cuello: sus cabellos negros y poblados descendían desgreñados sobre la frente y los hombros. Con la cabeza alta y la mirada altiva, avanzaban armados de flechas, siguiendo silenciosamente á su jefe que marchaba á la cabeza coronado de plumas. Las mujeres iban detrás de todos llevando á la espalda en grandes canastos de junco sus hijos y equipaje. Todos vestían miserables harapos y eran feos todos, hombres, mujeres, niños. La expresion de sus rostros no ofrecía grande inteligencia y sus cuerpos flacos y mezquinos tampoco anunciaban una salud vigorosa. Estos, como todos los salvajes del desierto, se alimentaban con raices, yerbas, langostas, bellotas, y algunas veces con caza y pesca. Hablan una lengua formada de estraños sonidos, en que intercalan algunas palabras españolas, que debieron aprender sin duda de los ancianos de sus tribus, evangelizados por los padres franciscanos. En efecto, cuando las Californias pertenecían á Méjico y éste á España, habia aquí unas veinte misiones. Estos establecimientos religiosos estaban dirigidos por misioneros españoles

que catequizaban á los indios. Calculábase entonces en 100,000 el número de los pieles-rojas de California, cuya cuarta parte habia sido convertida. Hoy todos los indios han vuelto al estado salvaje, no pasan de 50,000 y es probable que desaparezcan por la invasion americana.

Mi amigo, que en sus numerosas escursiones habia dormido muchas veces en medio de las tiendas de los indios y conocia á todos los *wigwams* del país, me describia las diversas costumbres, y todos los pormenores de la vida íntima de estos salvajes. Al parecer son tan hábiles en hacer canastos de junco, que pueden emplearlos para tener agua. Tambien les sirven de marmitas. Para hacer hervir el agua en que cuecen parte de sus alimentos, echan en ellos pedernales previamente calentados. Lo mismo he visto hacer en Córcega á los pastores de las montañas para obtener igual efecto en vasos de madera.

Algunos *pieles-rojas* de los que encontrábamos quisieron acompañar á los *caras-pálidas* y servirles de guías. En el camino hicieron alguna caza, que comimos nosotros con muy buen apetito y nos acompañaron hasta las cascadas de Yosemite.

Antes de llegar á estas cascadas, atravesamos el bosque de los árboles gigantes (*sequoia gigantea*) que la naturaleza se ha complacido en crear al lado de esas mismas inmensas cascadas como para reunir en un mismo punto dos de las mas grandes maravillas de la América.

Figuras 400 cedros, pinos ó cipreses, de los cuales mas de la mitad tienen de 12 á 13 metros de circunferencia, es decir, que serian necesarios otros tantos hombres para rodearlos. Uno de estos colosos, derribado actualmente por su misma vejez ó por el huracán, tenia mas de 150 metros de longitud (siete veces mas que una casa de cinco pisos) y 40 metros de circunferencia: es acaso el árbol mas grueso de cuantos han existido. Por el número de capas concéntricas del tronco se ha podido asegurar que tenia lo menos cuatro mil años de existencia: de suerte que es anterior al diluvio. Mi compañero me referia que se habia trasportado á San Francisco la corteza de uno de estos árboles gigantes, se le habia restablecido y dado en su hueco un baile de mas de veinte personas con piano y todo dentro. Tambien se trataba de instalar en él un pequeño bazar (1). En el condado de Calaveras, limitrofe de Mariposa existe igualmente un bosque de árboles gigantes que los americanos han bautizado con el nombre de *mammoth-trees* ó árboles *mammonths*. Estos colosos son efectivamente en el reino vegetal lo que los elefantes *mammonths*, especie hoy estinguida eran en el reino

(1) En el palacio de cristal de Sydenham se ha reconstituido igualmente uno de los cedros gigantes de California, lo que convencerá á los mas incrédulos.

animal. Se han dado nombres muy singulares á los árboles del Calaveras, por ejemplo el *Padre del bosque*, *la Madre y la Hija*, que componen el *Grupo de familia*, el *Viejo celibatario*, *la choza del tío Tom*, *las Tres hermanas*, el *Marido y la Mujer*, *la Cabaña del Minero*... Este último fue recientemente herido por un rayo y está actualmente derribado, al lado del Padre del bosque, que se ha caído tambien bajo el peso de una vejez cincuenta veces secular.

Desde el bosque de los *big-trees* pasamos á las cascadas de Yosemite, cuya agua cae á plomo en tres saltos sucesivos de una altura total de cerca de 800 metros. Las cascadas del Niágara solo miden 300 metros de anchura y su altura no pasa de cincuenta; pero el volumen de agua que pasa no podria compararse con ninguna otra corriente y bajo este punto de vista hay que comprender el admirable efecto de estas cascadas. Las de Yosemite no menos ocupan un preferente lugar entre las maravillas de la América, y son de todos modos las mas altas del mundo.

Yo no me cansaba de admirar el espléndido y pintoresco paisaje de que estaba rodeado. Al pie de las cascadas hay un lago que se evacua derramándose en el rio que forman estas aguas, y que serpentea entre dos altas murallas de montañas corriendo tranquilamente entre las encinas, álamos y pinos que sombrean el valle.

Despues de haber permanecido un día entero en este Tempé americano, que habrian cantado como la de Grecia los antiguos, si lo hubieran conocido, tomamos otra vez el camino de Culterville.

Abandonando para siempre aquel pintoresco sitio eché una última mirada hácia atrás, sintiendo no poder sentar mi tienda en paraje tan privilegiado. Muy luego penetramos de nuevo en el bosque y tomamos los ya practicados caminos, al través de los cuales no pasearé á mis lectores. Por aquí y por allá encontrábamos algunos animales indígenas. Eran animales muy inofensivos, como ardillas de bosque y de tierra que andaban por las ramas de los árboles solazándose en sus graciosos juegos. Con la cola enroscada, se perseguían dando gritos, colgándose á las flexibles ramas y saltando con ligereza de aquí para allá. Nosotros no llevábamos ninguna escopeta de caza por causa de la estacion y lo sentimos. A veces pasaba por delante de nosotros el *yack ass*, liebre de largas orejas de asno, peculiar de la California. Cuando nuestros perros la descubrian, la perseguían ladrando al través de los matorrales y llegaron á coger una que nos trajeron fielmente y nosotros llevamos á casa. Un delicado guiso fue la consecuencia natural de esta caza de nuevo género. A veces tambien nuestros perros se paraban en muestra, pero sin ser tan afortunados como con las liebres, ante la perdiz californiana ó moñuda así llamada por el

copete de sedosa pluma que lleva en la cabeza. Con él abundan la perdiz gris, los gallos de matorral (bruyere) los faisanes dorados, aves sedentarias que se hallan en toda la California y cuya caza ofrece

al minero una de sus mayores distracciones, procurándose á la vez en sus manjares una agradable variedad. Al lado de estos diversos volátiles hay que citar el carpintero, así llamado, porque taladra con



Cascada de Yosemite.

su pico la corteza de los pinos tiernos, como con una barrena. En cada uno de los agujeros de forma cónica así preparados, viene á poner una bellota que coge de las encinas. Así hace provision para el invierno; pero muy luego lo despoja el indio apoderándose de lo que el inteligente volátil en su instintiva y previsora solicitud habia recogido para sí y su familia.

La fauna de la California ha ofrecido en otro tiem-

po materias mas interesantes que las de hoy, y los animales de pieles eran bastante numerosos en el país. Los rusos habian establecido en el Pacifico una factoría para el comercio de peletería con los indios. Los cazadores del Canadá y de la bahía de Hudson venian hasta la California. Actualmente no hay cazadores ni pieles. Los mismos osos y los zorros argentados que antes frecuentaban estos parajes han huido tambien á la presencia del hombre y han ido á gua-

recerse á las vertientes de la Sierra Nevada. Cazadores infatigables van á perseguirlos hasta en sus últimas guaridas y envian semanalmente á San Francisco el producto de su caza.

Los principales centros de California se hallan así provistos de biflecks de oso, á que los americanos son muy aficionados.

En los primeros tiempos de la explotacion del oro dos franceses, el marqués de Pindray y el conde de Rausset-Bulbon, se hicieron notar entre los mas audaces cazadores de las Californias. Los dos terminaron su vida muy desgraciadamente en la Sonora; el primero asesinado cobardemente por un hombre de su misma banda, y el segundo fusilado por orden del



Bosques de sequois gigantes.

governador mejicano. Uno de nuestros compatriotas, ya de vuelta en París se hizo tambien famoso en California como cazador. Con su escopeta al hombro recorría la comarca de Norte á Sur viviendo del producto de su caza conocido y amado de todos. Muchas veces con su espíritu conciliador y enérgico, puso paz entre dos campos de mineros evitando la efusion de sangre. Los franceses de los *placers* le deben mucho y aun se cita su nombre con honor en muchas minas. P. en cuya casa estaba yo alojado en Culterville, conserva orgullosamente la escopeta y morral de aquel audaz cazador, cuyas aventuras solia contarme en nuestras veladas. Era el tiempo de las revueltas de Eldorado y la época del descubrimiento del oro. La ley de Lynch y los comités de

vigilancia funcionaban por todas partes en lugar de los tribunales regulares: los salvajes *squatters* invadían la propiedad ajena lanzando á tiros al legítimo propietario; los mineros, pistola y puñal en mano, se disputaban la posesion de los *placers*; el desorden y la anarquía reinaban universalmente; las minas eran teatro de sangrientas escenas viniendo á veces á aumentar el desorden las hordas de los indios bravos. En medio de esta confusion, M. de R. recorriendo el país en sus cacerías, velaba por nuestros compatriotas y no pocos franceses deben la vida á su animosa intervencion. Ya hoy, así en las ciudades como en las minas reina la tranquilidad mas completa y el drama californiano no ofrece al lector página ensangrentadas.

A la vuelta á Culterville de mi visita á las cascadas de Yohemity y del bosque de los árboles gigantes, preparé otras curiosas escursiones. Primeramente fui á explorar minas y *placers* interesantes mas allá del *Maxwell's creek*. En la cima de *Peña Blanca* un inmenso filon de cuarzo, de un espesor de cerca de 100 metros, se presentaba á la vista blanco y reluciente: toda la cima de la montaña estaba formada de esa especie de cristal, cuyos despojos cubrían tambien sus flancos.

Cuando nos separamos de las aguas de *Maxwell's creek* para entrar en las de otro rio, el *Mocassin-creek* ó barranco del *Javalí*, salvamos una pequeña cresta, á cuyo pie encontramos algunos franceses que se ocupaban en lavar las arenas del barranco, sirviéndose para ello del *long tom*, aparato mas perfeccionado que el *rocker* ó cuna.

El *long tom* triplica el trabajo del *rocker* y así permite lavar tierras tres veces mas pobres. El grabado que lo representa nos dispensa toda esplicacion.

Bajando de *Mocasin creek* encontramos dos chilenos que lavaban las tierras por otro método importado en el país y que llaman en California el método chileno.

Al volver hácia Culterville tomamos un camino diferente del que habíamos traído por la mañana. Decir que atravesamos nuevas minas, nuevos *placers*, nuevos campos desecados, nada tiene de extraño en un país como la California. Encontramos tambien un grupo de cabañas, donde se habían refugiado algunos mineros españoles que habían venido de las colonias. Poco trabajadores de suyo, estaban tumbados á la sombra jugando al monte con una baraja mugrienta. Los mejicanos y los chilenos pierden con frecuencia á este juego de azar todo el beneficio de una semana de trabajo. No se quejan de la pérdida; la soportan resignados y vuelven á su trabajo con una indiferencia morisca. Segun su pintoresca espresion, solo quieren asegurar la comida: el resto es para jugar.

A lo largo del camino que seguíamos habia algunos montones de piedra, coronados con una cruz. Tal es el modesto sepulcro del minero de California: esto es todo cuanto recuerda al pasajero una vida estinguída lejos del hogar. El sepulcro no tiene inscripcion ninguna, ni siquiera nombre. ¿Quién yace en ese sepulcro? ¿Quién lo llora? ¿Nadie lo sabe ó no ha querido decirlo?

Hasta el mes de setiembre prolongué mi permanencia en el condado de Mariposa haciendo otras escursiones. Muchas veces subia á la montaña que cerraba al Sur la conca del *Maxwell's-creek*. Desde el elevado punto en que me colocaba se descubria en el fondo de una estrecha y profunda garganta el rio de la Merced, corriendo como una sierpe de plata:

ya se ocultaba tras las escarpadas rocas que lo encierran, ya aparecia de nuevo figurando rios diferentes. Mas lejos, y á la parte de allá de la primera cadena de montañas cubiertas de pinabetes, se descubria una gran parte de la inmensa llanura de los fulares y á la izquierda los montes de Bear-Valley perforados por laboreos de minas. A la derecha aparecia en lontananza la redonda cúspide del Monte del Diablo y mas cerca las altas montañas del Calaveras. A mi espalda algunos picos de la *Sierra* y á mis pies bañándose en la Merced la planicie de las Tarántulas envuelta en un trasparente velo de vapores que se exhalaban de las aguas. El golpe de vista era en verdad encantador.

Un dia bajé y recorrí las escarpadas orillas de la Merced llegando hasta el molino de cuarzo del coronel Fremont. Los viajes de este célebre explorador al través de la América del Norte hasta California aceleraron la conquista americana en que tomó una parte muy activa. A título de recompensa nacional habia recibido del gobierno federal, el famoso *claim* (concesion) de Mariposa, donde se encontraban las minas de cuarzo mas ricas de toda la California. Coronel dimisionario, se presentó en 1856 candidato á la presidencia de los Estados-Unidos, donde representa al partido republicano, que acaba de triunfar en las últimas elecciones con Lincoln. El coronel Fremont obtuvo tantos votos como Mr. Buchanam, elegido por el partido democrático.

En la época de mi visita á sus minas de Bear-Valley vivia con su familia, no lejos de esta ciudad y reposaba en su pacífica quinta de las emociones de viajero y de hombre público. El molino establecido por el coronel en la Merced, tenia una situacion muy favorable. Mr. Fremont hacia entonces en él mejoras importantes, y mas de cien pisones mecánicos trituran actualmente el cuarzo estraido de sus minas. Estas están abiertas en los flancos de una inmediata montaña, en la cual vuelve á aparecer el mismo filon que he señalado ya en Culterville y en Peña-Blanca. Este filon reaparece además en casi todas las minas del Sur de la California determinándose como en línea recta. Su riqueza y espesor varian segun las localidades. La parte perteneciente al coronel Fremont es de lo mas rico, y así que sus minas le han sido grandemente disputadas. En la época en que yo visitaba estos trabajos, es decir, en el mes de julio de 1859 muchos mineros españoles acampados en la montaña se ocupaban en explotar sus filones; y triturando el mineral lo amalgamaban por los métodos rudimentarios de Méjico, muy perfeccionados despues en California. Estos merodeadores de minas no eran de ningun modo inquietados, pero una compañía regular de mineros se habia establecido tambien en este paraje y á un nivel inferior en las can-

teras de explotacion de Fremont. De vez en cuando se cambiaban algunos tiros de revólver entre los trabajadores de las dos minas rivales y sin la eficaz intervencion de los *constables* de Bear-Valley, fácilmente se hubieran renovado las sangrientas escenas de los primeros tiempos de la explotacion del oro. El coronel Fremont continuaba sus trabajos con no menos fervor: hizo un ferro-carril en las galerías y á la superficie para el trasporte del mineral, y cabrias mecánicas á la abertura de los pozos para la extraccion del cuarzo aurífero.

Otras escursiones que emprendí desde Culterville á las minas de Big-Oak-Flat en el condado de Tolumne y á los *placers* de *Tarentula-Flat* y minas de *Marble-Spring* en el condado de Mariposa, merecian tambien que se describieran. En *Big-Oak-Flat*, lo que yo admiraba mas fue la construccion de un gran canal en que se trabajaba hacia muchos años, y cuyo objeto era llevar á los *placers* y á las minas, como tambien á los mismos centros mineros el agua que necesitaban. El trayecto de este canal no tenia menos de 65 kilómetros. Un puente de cerca de 900 metros de longitud y de una altura de 80 salvaba un barranco que se le interponia. Todos estos trabajos se concluyeron en noviembre de 1859. En California, donde no son raros semejantes hechos, no se sabe qué debe admirarse mas, ó la audacia de la obra misma, que admiraria á nuestros mas hábiles ingenieros, ó la energía de los americanos que llevan á cabo tan gigantestas empresas sin demandar auxilio á nadie mas que á ellos mismos. El Estado no interviene nunca en semejantes obras: los ciudadanos son los que exclusivamente lo crean todo.

IV.

MINEROS DE CALIFORNIA.

Nacionalidad de los diferentes mineros.—Los chinos.—Los españoles de las colonias.—Ingleses ó irlandeses.—Alemanes.—Italianos.—Canadenses.—Hechos particulares á los Estados-Unidos.—Tipos de mineros.—Vermenuze, tio Barbet, Aubert.—El claím y la libre esportacion.—Luis el lavadero.—Peñallor y Sapiens.—Ah-Hun.—El marcador claims.—Juana de Arco y Maria Pautalou.—Mi cabaña y mi mula.—La casa del minero.—La velada.—Un episodio de la ley de Lynch.

Durante mi permanencia en Culterville tuve ocasion de hacer conocimiento con los mineros de la localidad. Dáse el nombre genérico de mineros en California á los operarios de los *placers* que lavan las tierras auríferas, como tambien á los de las minas de cuarzo que pulverizan el mineral y son los verdaderos mineros. En Culterville, como en todos los centros mineros de la California, todas las nacionalidades se hallan poco mas ó menos representadas. Hay sobre todo muchos chinos y españoles de las colonias,

principalmente mejicanos y chilenos. Despues vienen los ingleses y los irlandeses, los franceses y los italianos y finalmente algunos canadenses. Actualmente hay pocos americanos, los cuales residen mas á su gusto en Culterville, donde ejercen funciones comunales, como las de *constables* ó jueces de paz: tambien se dedican al comercio por mayor y menor, y están por último al frente de todas las licorerías y cafés de la localidad donde hacen escelentes negocios.

Todos los mineros de los *placers* están diseminados á lo largo del barranco *Maxwell's-creek*, del rio de la Merced y en algunos criaderos auríferos, cuya riqueza fue en otro tiempo fabulosa. Esta riqueza de las tierras vírgenes, ha venido considerablemente á menos, á consecuencia de las extracciones diarias; pero todos los mineros ganaban lo necesario y mas para la vida sin fatigarse mucho, como pude observar cuando me hallaba en Culterville: solo que el juego, la bebida y otras distracciones mas ó menos honestas absorben en pocas horas la ganancia de muchos dias.

Los chinos eran allí, como en todas partes, los parias de los *placers*. Los rostros amarillos, su nariz chata, sus ojos de almendras los hacen detestables á los americanos que solo tienen afecto á la raza blanca. El hijo del Celeste Imperio, John el Celestial, como le llaman los yankees, sufre en calma esta opresion injusta y trabaja sin quejarse en los sitios que los blancos han abandonado ya. Reunidos en las cabañas comunes, los chinos se reparten por la noche el fruto de los trabajos del dia; fuman opio y tabaco de China en pipas de madera y beben té en abundancia. La carne blanca del pollo les agrada mucho al parecer y no se encuentra en California una cabaña de chinos sin un ejército de gallinas alrededor. John es tambien muy aficionado al arroz, y finalmente guarda cierta especie de cariño á su traje nacional. Sus pantalones son unos amplios gregüescos, lleva una chaqueta de paño ó de cotí que abrocha por el costado y su calzado de gruesa suela viene á ser un borceguí polaina. John tiene siempre rapada la cabeza, escepto la coronilla de que pende una trenzada cola. Calcúlase en 40,000 el número de chinos que hay actualmente en California.

Luego entran los mejicanos, los chilenos y algunos peruanos. Estos descendientes de los españoles llevan en su fisonomía el sello de su origen: cabellos negros, tez morena, ojos vivos. El machete ó largo cuchillo-puñal, que los mejicanos manejan especialmente con tanta habilidad, adorna siempre la cintura del español de las Américas. Lleva tambien con mucho gusto el vestido de lana nacional, capote ó chal como se llamaria en francés, *sarape* en Méjico y poncho en Chile. Este traje se compone de fajas